

EL CLUB DE LA ÉLITE

Esteban Navarro



menos**cuarto**

Colección *SeisDoble*

© Esteban Navarro, 2017

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2017

Ilustraciones: MIGUEL NAVIA

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-15740-51-3

Dep. Legal: P-342/2017

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4-1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Being a leader is like being a lady.
If you have to remind people you are, you aren't.»

(Ser un líder es como ser una dama.
Si tienes que recordar a la gente que lo eres, no lo eres.)

MARGARET THATCHER

A Ester, mi amiga, mi esposa

A Raúl, mi amigo, mi hijo

*A Noemí Trujillo,
esta novela ve la luz gracias a ella*



Pau no podía apartar los ojos de la pantalla de su móvil. Y mientras con la mano izquierda sostenía el volante del Nissan Micra, con la derecha aguantaba el teléfono con pericia. En una rampa del barrio de Salamanca, en la calle Jorge Juan, tuvo que cambiar de velocidad con gran dificultad, sin soltar el móvil de la mano. Con el vaivén se le cayó el teléfono en el asiento del copiloto y, al agacharse para recogerlo, sus ojos se clavaron en el letrero que indicaba el nombre de la calle.

—Calle de Claudio Coello —leyó en voz alta.

En ese momento le pareció un mal presagio pasar por allí, por esa calle. Aunque era lo suficientemente joven, tan solo tenía dieciocho años, como para no haber vivido épocas oscuras de España, sí que sabía que en esa calle asesinaron al entonces vicepresidente del Gobierno de Franco: el almirante Carrero Blanco.

Al llegar a la calle Príncipe de Vergara, viró situándose bien pegado al carril de la izquierda. En cuanto le fuera posible detendría el coche para poder llamar a Luis Miguel. O Luismi, como lo conocían todos sus amigos. Tenía que contactar con él. Había de contactar con él.

Era una necesidad imperante que su amigo descolgara. Luismi le había estado enviando numerosos mensajes de WhatsApp durante toda esa mañana y él no le había respondido porque había estado ocupado instalando el sistema operativo en el ordenador de un conocido. Eso es lo que tiene ser estudiante de Ingeniería en Computación e Informática: que todas tus amistades quieren que les repares los fallos de su ordenador.

«Tenfgo quee habar contigho urgentementemente», le había escrito.

No había duda de que esos mensajes los había anotado Luismi de forma atribulada, seguramente mientras conducía. Pau detuvo el Nissan en un hueco que halló en una zona de carga y descarga frente a un supermercado. Soportó con estoicismo el bocinazo del taxista que llevaba pegado detrás. Esos días los taxistas andaban a la greña con los de Uber y se palpaba en el ambiente el malestar que había entre los dos colectivos. Agarró con fuerza el teléfono móvil con la mano izquierda y con un dedo de la mano derecha buscó a Luismi en la agenda. No disponía de tiempo para dejar que «Siri» se encargara de hacerlo por él. En la pantalla vio la fotografía de su amigo. Sonriente, como siempre. Le caía el pelo lacio alrededor de las orejas. Su tez agitanada, que recordaba a un Joaquín Cortés en sus años mozos, ensombrecía la pantalla del móvil y Pau pensó en qué le preocuparía a su amigo para que le hubiera enviado tantos mensajes.

El logotipo de un teléfono de color verde se encendía y se apagaba, indicando que la llamada estaba en curso.

—Vamos, vamos —chilló—. Coge el teléfono de una puta vez.

Un mendigo se acercó hasta la ventanilla del Nissan. Era el orgulloso poseedor de un enorme bigote que se esparció por el cristal como si fuese una medusa dentro de una pecera. El hombre mostró un paquete de pañuelos de papel, mientras sus ojos se fijaban en los tatuajes de los brazos de Pau.

—La voluntad —dijo.

Pau cogió un puñado de monedas de la bandeja que tenía al lado del freno de mano y, sin contarlas, se las entregó al mendigo por el minúsculo hueco que quedó al bajar la ventanilla. Una bofetada del calor de julio pasó al interior del Micra, como si en ese instante se hubiese abierto la tapa del infierno. El hombre, de ropajes sucios y harapientos, pero de tez lampiña y mirada limpia, cogió las monedas con una mano enguantada.

—Gracias, señor —dijo con un acento indeterminado, que tanto podía ser rumano como ruso.

La llamada realizada a Luismi se cortó cuando pasó el suficiente tiempo sin que su interlocutor descolgara. Pau no creyó necesario llamar de nuevo. Cuando Luismi viera la llamada la devolvería, sin duda.

Siguió conduciendo por la calle Príncipe de Vergara hasta que halló un hueco al lado de unos contenedores

de basura. Orilló el coche. Allí podía pensar sin que nadie lo molestara, se dijo. Todo comenzó cuando Luismi le contó que estaba trabajando en la investigación de un club de lectura muy elitista. Luis Miguel Artapalo, al igual que Sonia, era un detective privado que trabajaba sin oficina. Fue policía local del ayuntamiento de Madrid durante diez años, pero hacía dos que lo habían echado, nunca supo por qué. Tampoco se lo preguntó, pero sabía que hay que hacerla muy gorda para que te echen de la Policía. Desde entonces se había dedicado a la investigación con desigual éxito. El abanico de posibilidades de los detectives era muy reducido y el margen de ganancia nulo. Era complicado, por no decir imposible, que un detective que trabajara por su cuenta pudiera hacerse rico. A Luismi lo había contratado la mujer de un escritor para que investigara a un extraño club de lectura. Eran un grupo de notables que se reunían en un chalé de la urbanización Caraquiz, en Uceda, un pequeño municipio de la provincia de Guadalajara. Luismi le había dicho que, una vez al mes, se citaban en la casa de un conocido alcalde de Mataseña varias personalidades de la región. «¿Club Bilderberg?», le había preguntado Pau. Su amigo lo negó de forma tajante. Aquellas reuniones no tenían nada que ver con el club Bilderberg. Los congregados eran: un alcalde, un presidente de una Diputación, un fiscal, un juez, un comisario de la Policía Nacional y un mando de la Guardia Civil.

—¿Y para qué se reúnen? —se interesó Pau.

—Para hablar de literatura —respondió su amigo—. Ellos dicen que es un club de lectura de novela negra —explicó con voz cavernosa. Pau siempre quiso saber, desde que lo conoció, la cantidad de cigarrillos negros que habría fumado para tener semejante voz—. Escogen una novela y se reúnen en una tertulia privada donde comentan qué les ha parecido.

Pau basculó la barbilla sin percibir nada extraño en ese club. Luismi, que mientras hablaba removía en el aire sus enormes manos, insistió en lo extraño que era que un grupo de notables se reuniera cada mes con el pretexto de comentar una novela.

—¿Extraño? ¿Qué hay de extraño? —había preguntado Pau.

—Esos hombres se reúnen cada mes en el chalé de Caraquiz —explicó su amigo—. Al finalizar la reunión deciden el título y el autor de la novela que han de leer para el siguiente encuentro. Pero hace un mes, en la primera reunión literaria desde que se sepa, la del 31 de mayo, ocurrió algo por lo que me han contratado. —Pau contuvo la respiración esperando a que Luismi se explicara—. El autor de la novela que comentaron en aquella reunión falleció en un accidente de tráfico una semana después de que se reunieran los notables, cuando conducía su Chrysler 300.

—¿Casual? —consultó Pau.

—Es posible. El autor era vecino de un pueblo que hay entre Pinto y Valdemoro. Se llamaba Cesario Pidal y su novela tenía un título tan poco sugerente como repelente: *Todos los idiotas*.

—Pero si entre Pinto y Valdemoro no hay nada —objetó el joven agente.

—¿Cómo que no hay nada?! —protestó colérico Luismi—. Está Mataseña. —Mataseña es un municipio de apenas cuatrocientos habitantes, enclavado entre las poblaciones de Pinto y Valdemoro—. Pero la coincidencia es que el alcalde de ese municipio es uno de los notables del club de lectura, además de propietario del chalé de Caraquiz donde se reúnen.

En esa conversación fue donde Pau se enteró de que la esposa del escritor fallecido había contratado a Luismi, que además de ser amigo personal de Pau, había tenido una relación intensa con Sonia Ruiz, su compañera de aventuras y pesquisas. La señora Pidal lo contrató para que investigara la muerte de su marido, porque no se creía que hubiera fallecido en un accidente fortuito. La Guardia Civil, era la que había llevado la investigación, determinó que su esposo había muerto en un accidente de tráfico en el tramo entre Pinto y Valdemoro, pero ella se resistía a creerlo. Así que contrató los servicios de un detective privado para que indagara.

Luismi y Pau habían quedado unos días después de que iniciara la investigación para tomar una cerveza en

una terraza del Retiro. Pau temía que le fuera a solicitar ayuda. Los detectives privados necesitaban de la estrecha colaboración de la policía para avanzar en sus investigaciones. Un detective privado sin contactos dentro de la policía o del CNI es como una pistola sin munición: no sirve para nada. Luismi le manifestó su preocupación por tener que hurgar en ese club.

—Por lo que dices no tiene buena pinta, no —le había dicho Pau—. Ándate con ojo con esa gente.

—Sí, descuida —le dijo—. No sé ni por dónde empezar. Y más teniendo en cuenta el tipo de personas que son. Al final me dedicaré a simular que estoy haciendo algo para justificar mis honorarios. —Pau puso la misma cara que un pez en un acuario.

—Por lo que me cuentas, raro es —asintió—. Pero ya sabes que la vida está llena de coincidencias. Quizá, como me has dicho, al final solo fue un accidente.

—Yo también lo creo, pero ya sabes lo que dicen, amigo: el que paga manda.

—Hay una cosa que no me ha quedado clara —interpeló Pau—. ¿Qué haces tú investigando un crimen?

—Alguien lo ha de hacer, ¿no?

—Sí, pero para eso ya está la policía.

—La Guardia Civil ya ha dicho que fue un accidente. Cuando la señora Pidal me contó quiénes eran esos hombres, tuve la sensación de que ocultaban algo. Esos hombres son muy poderosos. Lo son por los cargos que

ocupan, y estoy seguro de que nadie se atreve a investigarlos. ¿Tienes idea de si el CNI lo hace?

Pau balanceó la cabeza negativamente.

—No creo que el CNI se dedique a investigar a un club de lectura —le dijo—. ¿Sabes de qué hablan en esas reuniones?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí. Pero son reuniones secretas. Se juntan los seis en el interior del chalé. Conversan durante la tarde, luego cenan. Y antes de amanecer se marcha cada uno a su casa.

—¿Una tapadera? —se interesó Pau.

—Eso es, amigo. Yo creo que el club de lectura es una cortina de humo para ocultar sus auténticas intenciones.

—No te entiendo.

—Hace tiempo que se reúnen. Y no creo que solo sea para hablar de libros.

El teléfono vibró mientras lo sostenía en su mano, abstrayéndole de sus pensamientos. En la pantalla vio que era un número oculto, por lo que supo que se trataba de su central.

—Sí.

—Pau —escuchó una voz que reconoció enseguida.

—¿Albatros?

Albatros era el nombre en clave de un agente de la unidad operativa del CNI. Pau y él habían intercam-

biado, en diversas ocasiones, información sobre investigaciones en curso.

—Han hallado el cuerpo de Luismi en un vehículo calcinado en Torrejón de Ardoz. Al parecer era su coche, aunque la policía todavía está sacando huellas. —Pau había entrado en shock y no se hallaba en situación de responder—. Lo han asesinado, Pau.

«¿Y por qué iban a asesinar a un detective privado?», se preguntó sin hablar.

Luisi y Pau eran dos lados de un triángulo cuyo vértice era Sonia Ruiz. Los dos, Sonia y Luisi, se habían encandilado el día que Pau los presentó. Incluso el mejor amigo de Sonia, Pau, pensó que hubo algo más que miradas y sonrisas. Luisi transpiraba atracción animal. Sus ojos expelían una seducción difícil de explicar para alguien que no se hallara delante. Su mirada era fuego, pasión y fiereza. Durante un tiempo se había dejado el pelo largo, aunque últimamente lo llevaba más corto y la barba recortada y perfilada, que cuidaba a diario.

—¿Podemos vernos? —dijo Pau, cuando escuchó que Sonia había descolgado el teléfono.

Sonia conocía lo suficiente a Pau como para saber que algo malo había ocurrido. Su amigo no podía ocultar que su voz temblaba.

—¿Ahora? —le había preguntado.

—Sí. Sí. Dime dónde estás y me acerco.

—Pues estoy en mi despacho de la calle de Carretas.

Pau sonrió al recordar qué tipo de despacho tenía Sonia. Su amiga había alquilado una oficina en la calle de Carretas para darle visibilidad a su agencia uniperso-

nal de detectives, quizá en un intento fútil de independizarse de Pau. Un detective que se precie debe tener tres cosas: una oficina, un teléfono móvil y la perenne sensación de que lo sabe todo de todo. Sonia tenía las dos primeras, la tercera aún estaba por demostrar.

—Llego en... —miró su reloj y calculó el tráfico de la zona a esa hora—, digamos quince minutos.

—¿Debo preocuparme por algo? —preguntó confusa.

—No, qué va —respondió Pau, sin convencer.

El agente del CNI colgó el teléfono justo cuando un patrullero de movilidad posó sus ojos sobre él. Pensó que si esos policías habían sido capaces de perseguir y multar a la que fue presidenta regional y alcaldesa de Madrid, qué no harían con un humilde agente secreto. A su mente vino, de forma sorpresiva, un estribillo de Robe: «Canta la rana debajo del agua. Sueña con ser una rana encantada».

Sonia dejó el móvil sobre la mesa de Ikea, que, junto con dos sillas del rastro, era el único mobiliario de su precaria agencia de detectives. Por su mente pasó el recuerdo de las novelas de Chandler y añoró los tiempos en que los de su oficio eran algo. Sabía que Pau sería puntual, por lo que calculó que en catorce minutos llamaría a la puerta. Tiempo suficiente como para seguir la raya de los ojos con un lápiz, peinarse sin mucha destreza y mudarse esa remilgada y decente camisa que se ponía cuando iba a recibir clientes, para no levantar su libido. Odiaba a los

chicos que deslizaban los ojos por su escote, de la misma forma que no soportaba a los babosos que resbalaban la vista por las piernas desnudas. Sonia conocía la condición enfermiza de algunos zopencos respecto a las mujeres y por eso vestía recatada en su despacho y descocada cuando tenía que trabajar fuera, ya que no había nada más sumiso que un hombre ante una mujer exuberante.

—Trece minutos —dijo observando su reloj de pulsera y echando en falta un cigarrillo entre sus dedos. Pero cuando decidió dejar de fumar sabía que no iba a ser sencillo.

Cogió un libro de la única estantería que había en la pared, desnivelada sobre un florero con un ramo de flores artificial que no podía disimular que era más falso que un duro sevillano. Se trataba de *El viaje íntimo de la locura* de Roberto Iniesta. Leyendo alguno de los pasajes de ese libro se había preguntado cómo es que no le daban a Robe el jodido Premio Nobel, como ya había hecho la Academia sueca con Bob.

En el jardín hay un cerezo dormido, pero parece muerto.

Este otoño comenzó a sentirse apático, y la dejadez se apoderó de su espíritu.

La vida, cansada de verle abúlico y desastrado, decidió que lo mejor sería que se tomaran un tiempo para reflexionar sobre su relación, y se marchó de vacaciones...

El timbre de la puerta sonó como si a un canario afónico le estuvieran retorciendo el cuello.

—Tengo que mandar que lo arreglen —se excusó Sonia mientras abría y contemplaba el rostro desencajado de Pau—. ¿Malas noticias?

—Muy malas. —Traspassó la puerta y se colocó en el centro del despacho, que no tendría más de cinco metros cuadrados, una tercera parte ocupada por la mesa y las dos sillas.

Era la segunda vez, desde que lo alquiló, que Pau visitaba ese despacho. El joven agente del CNI no le reprochaba a su amiga que hubiera querido independizarse de él. Era consciente de lo complicado que era para ella vivir siempre bajo su paraguas de seguridad. Pero compartir piso, cuando se fue a vivir con él, e incluir en ese mismo piso una habitación como improvisada agencia de detectives quizá no era lo mejor para ambos. Por eso toleró de buen grado que Sonia hubiera alquilado ese cutre, pero genuino, despacho en la calle Carretas.

—Han hallado el cuerpo de Luismi en un coche calcinado en Torrejón de Ardoz —repitió las palabras de Albatros cuando le comunicó la muerte de su amigo.

—¿Luis Miguel? ¿Muerto?

Pau no recordaba haber visto nunca a Sonia tan conmovida. Se esforzó sobremanera para no posar sus ojos sobre los dos botones redondos y negros que pu-

jaban por salir de debajo de su camiseta de color fucsia. Ni siquiera se atrevió a comentarle que ese color ya no estaba de moda desde hacía siglos.

—La policía nacional de Torrejón lleva la investigación —dijo como si eso fuese a tranquilizar a Sonia—. Mi jefe me ha informado de la muerte, pero ya me ha avanzado que nosotros —dijo refiriéndose al CNI— no vamos a hacer nada. —Pau esperó a que Sonia le preguntara por qué—. Luismi estaba investigando la muerte de un escritor ocurrida días después de que un club de lectura leyera su novela. El asunto es feo, pero hay que dejar que la policía haga su trabajo —explicó finalmente sin que Sonia se lo preguntara.

—¿Asunto? ¿Qué asunto?

—¿Por qué no damos un paseo? —ofreció como respuesta.

Sonia parecía que no pudiera colocar bien los ojos. Su mirada iba de arriba abajo y de izquierda a derecha, como si estuviera buscando algo que no hallara allí, en su despacho. Pau fue consciente en ese instante de que la relación de Luismi con Sonia había ido más allá de un aquí te pillo y aquí te mato. Pero también supo que Luismi no le había dicho nada a ella de lo que estaba haciendo y en qué andaba metido. Esa era la fascinante facultad de los detectives privados, que nunca aseguraban nada cuando hablaban de ellos mismos. Todo, absolutamente todo, lo dejaban en el aire. No había mayor

pérdida de tiempo que polemizar con un detective. Hablan, pero no dicen nada. Y de lo que dicen solo te puedes creer la mitad. En definitiva, un buen sabueso es aquel que nadie sabe que lo es, y los que lo saben tienen dudas de que lo sea. Pese a todo le confió un secreto, contraviniendo una de las reglas no escritas de todo buen detective.

—¿Sabes? —le había dicho—. Yo no creo en eso de que haya que tener la misma clave para cada aplicación.

—Pues hay que hacerlo —le dijo Sonia—. Yo uso un truco.

—¿Qué truco? —consultó Luismi.

—Uso la misma clave para Facebook, Twitter, el correo electrónico o lo que sea, solo que al final de la clave añado una letra que se corresponde con la aplicación. Por ejemplo —dijo al ver que su compañero no la estaba entendiendo—. Si mi clave para Facebook es «pepitaF». Entonces para Twitter es «pepitaT».

—Entiendo —aceptó—. Yo, sin embargo, en todos los sitios pongo «luismiguelA». —Sonrió.

—Pero no me digas la clave de verdad —se quejó Sonia.

—No te la he dicho —contravino—. ¿Cómo voy a tener esa clave?

—Es curioso —le dijo en el rellano mientras cerraba con llave la puerta de su oficina. Pau se fijó en el encabezamiento del rótulo: «Sonia Ruiz, detective privado»—. La última tarde que estuvimos juntos, Luismi me habló de un libro que estaba leyendo. —La puerta del ascensor se abrió y los dos entraron. Pau apretó el botón de la planta principal—. Me dijo que era de un escritor poco conocido, un tal Silvestre Carcasona. Incluso me comentó que la novela era mala con ganas. —El ascensor llegó a la planta baja y se abrió la puerta. Sonia aprovechó para echarse un último vistazo en el espejo antes de salir.

—¿Te comentó por qué leía esa novela? —consultó Pau.

—No lo recuerdo bien. Creo que me dijo algo de que no le extrañaría nada que asesinaran al autor después de leer la novela. —Pau esbozó una inapreciable sonrisa. El humor negro de Luismi no conocía límites—. Dime, Pau, ¿tiene algo que ver esa novela con su muerte?

Los dos habían iniciado la marcha hacia el parque del Retiro. Pau calculó que llegarían en unos veinte minutos, pero para entonces ya habría hablado con Sonia todo lo que tenían que hablar. El parque sería el final del trayecto y el final de la charla.

—Por ahora sé lo mismo que tú —rechazó responder a su pregunta—. Pero lo que sí te puedo asegurar es que el asunto es grave.

—Define grave —conminó Sonia.

—Por lo que conozco, de momento, es espinoso por el tipo de personas que participan en la investigación que llevaba. Con ese tipo de gente nunca se sabe, la verdad.